

Mesa por la Vida Digna

Somos un conjunto de personas de la Diócesis, organizaciones sociales, sindicales, políticas, asociaciones civiles, fundaciones e instituciones comunitarias que nos reunimos para pensar juntos estrategias y acciones contra uno de los mayores flagelos que azota a nuestra comunidad: Las adicciones.

Reconocemos en la dignidad una propiedad irrenunciable e intrínseca del ser humano, y asistimos con dolor a presenciar, día tras día, el asedio planificado para despojar a nuestro Pueblo de ella. Las adicciones (a drogas legales o ilegales, al juego, a la prostitución o la pornografía) son una parte del problema y no se explican sin la cultura del descarte del presente. La ausencia de un proyecto realizable de una vida digna, que se condice con la falta de acceso a la educación, a una alimentación saludable, a un techo, la falta de afecto, la pobreza estructural, la violencia, la criminalidad, la ausencia negligente del Estado, son condición posible para que las adicciones proliferen como una plaga entre nuestros barrios.

Las adicciones se enquistan y crecen en el vacío más grande que una persona puede sentir: la falta de propósito en la vida. La “narcocultura” explota ese vacío; desplaza los valores de la cultura del trabajo e impone otros, falsos, tales como lo efímero, los atajos, el alarde y la salvación individual en desmedro del prójimo.

Como describió el santo Padre en la exhortación apostólica postsinodal “*Christus Vivit*”:

“Muchos jóvenes se sienten hoy hijos del fracaso, porque los sueños de sus padres y abuelos se quemaron en la hoguera de la injusticia, de la violencia social, del sálvese quien pueda.

¡Cuánto desarraigo! Si los jóvenes crecieron en un mundo de cenizas no es fácil que puedan sostener el fuego de grandes ilusiones y proyectos.

Si crecieron en un desierto vacío de sentido, ¿Cómo podrán tener ganas de sacrificarse para sembrar?”

Las adicciones no podrían tener el lugar central que tienen hoy si cada hombre y cada mujer pudiera llevar a cabo su proyecto de vida en paz, en el marco de una comunidad que también se realiza.

Proponemos hacer frente a este avance de la crueldad y el descarte, poniendo en valor a la comunidad como noción de destino común y de Esperanza. Son las familias, por cierto, la unidad mínima de sentido comunitario y el núcleo de reproducción de las virtudes de y para la vida con otros. La parroquia, el club, el jardín o centro comunitario, son bastiones de encuentro y solidaridad que deben ser protegidos.

Convocamos a nuestro Pueblo y sus instituciones a sumarse a esta difícil pero justa tarea de ofrecer una alternativa comunitaria al descarte y el desahucio que se impone, declarando e invitándolo a adherir públicamente a la “Emergencia en materia de adicciones”.

Nadie se salva solo.